

Estética Cruda. Esteban Rodríguez.
Ediciones Grupo la grieta. La Plata. 2003

Con una mirada despojada de los clisés más reconocidos del ámbito académico Esteban Rodríguez “ensaya” al ritmo de nuestro tiempo, es decir al ritmo de una Argentina que se desfonda y se revuelve desesperada en su agonía, una explicación que se cuele en las contradicciones, los contrastes y los pliegues de esa realidad que, entonces, vincula a la crudeza. Lo crudo, la estética cruda, es aquello que no necesita de su versión definitiva para constituirse en una obra terminada, es un boceto “...que no necesita terminarse para entrever el sentido que se persigue”.

El propio autor dice “hacer pie en los contrastes y modelar desde allí alguna forma que tenga el ímpetu de modificarnos y modificar”. Está allí lo valioso del trabajo. La mirada lúcida e irreverente de Rodríguez esta tan lejos del cinismo y el desencanto, como de las explicaciones grandilocuentes, esclarecedoras y esclarecidas, que pretenden las respuestas tranquilizadoras.

Rodríguez, inasible, indisciplinado, difícil de clasificar, toma de la tradición moderna al ensayo, en lo que tiene de propio y más genuino, aquello que como dice Ricardo Forster “(...) *ha implicado, desde sus lejanos inicios, una fuerte toma de partido, un impulso crítico y una profunda interrogación acerca de las condiciones de su propia época*” y se despreocupa de las formas estandarizadas del saber. Cruza ideas, experiencias, conocimientos de diversos orígenes. Contrasta el saber formalizado, con el de las distintas prácticas culturales (cine, música, literatura, plástica), saber en muchos casos aceptado, legitimado y en otros, profundamente rechazado. Lo hace porque comprende que hay muchas formas de conocer y cuando dice que “lee mal”, está, sin embargo, leyendo muy bien, si se entiende la lectura como un modo de interrogar e interrogarse, de comprender y comprometerse. Y lee mucho no sólo en aquello que se dispone para ser leído, sino, lo que es más importante, en aquello que todavía no se ha escrito, que está allí en la experiencia y que según él dice, caza a “manotazos” y escribe a los “ponchazos”. Así nos obliga a pensar y a sentir, por eso es un pensamiento que emociona. Porque si él escribe con el cuerpo, este libro no puede leerse sino con el cuerpo, quizás porque se adhiere a aquello que decía Pavese de que “la vida comienza en el cuerpo.”

Una generación renga

Qué tienen en común Nirvana, La Renga, los Redondos y la cumbia villera, para Esteban Rodríguez encarnan el grito de angustia de una generación renga, la que habita el páramo, que se identifica más con la “lucidez escéptica” de Bart Simpson que con “la ingenuidad lúcida” de Mafalda. Una generación que halló en la música el lugar para pensarse y pensar, para encontrarse y reconocerse, mezclarse y potenciarse. Después del fracaso, cuando la palabra no alcanza, cuando no hay palabras y todo parece estar dispuesto para

ser consumido, la música que viene del afuera, de más allá del límite, condensa lo que aún no ha sido dicho...“entre la sensualidad de la cumbia y la distorsión del rock, la música no deja de dar cuenta sin nombrar lo que vienen cribando los cuerpos”. En la música, esta generación encuentra su filosofía y su política, en otro lenguaje y en otra frecuencia, desafiando o resistiendo la transparencia comunicativa, porque después del fracaso, la palabra, ya devaluada, les ha sido negada, ahora es de la política o del consumo, a ellos no les queda más que el cuerpo. “Si no ponemos el cuerpo en el medio,- dice - ese cuerpo desbordado de realidad, saturado de cotidiano (de desocupación, miseria y de caminatas interminables), sólo llegaremos a oír los acordes que no cuajan, la desafinación y la distorsión que se repite”.

La estética cruda encuentra su potencial en las limitaciones, en hacer de las dificultades y las carencias el material a partir del cual se trabaja. En este sentido se puede entender el cine que elige Rodríguez para dialogar, para seguir construyendo, un cine que no busca la indignación, ni la culpa bienpensante sino aquel que apoyado en la voluntad y en la imaginación enfrenta su tiempo.

El cine contemporáneo que rescata (Lucrecia Martel, Pablo Trapero, Bruno Stagnaro, Adrián Caetano y el cine inglés de Ken Loach, Peter Cattaneo, entre otros), no toma la pobreza como escenario, como decorado o telón de fondo de una anécdota, por el contrario, es todo el argumento, porque se hace en la pobreza. Allí aparece lo crudo que irrita, molesta y saca de quicio, porque no da tregua, no apela a la respuesta tranquilizadora que permita superar el drama planteado. Esta es la mirada de los directores jóvenes argentinos que Rodríguez jerarquiza porque adhiere a “esa queja sin declamación”, “sin entrecejo”, “sin pedantería”, “sin la pretensión de aclarar el país en una frase.” El mismo dice que es una mirada generacional “que no sabe de ascensos, sino de pendientes. Nos formamos en este declive y rodando por el estamos”

La urgencia

El cine y la música son dos de las formas culturales que el autor encara en este libro pero hay más, hay escritores, pensadores, poetas, ensayistas que de una u otra manera dan cuenta de lo que aquí se llama estética cruda que tiene que ver con las limitaciones y las carencias, pero también y por ellas mismas, con la urgencia.

La impronta que se imprime a este libro es la de la urgencia. Es la velocidad de lo cotidiano. Este es otro rasgo generacional. No hay tiempo o no es el suficiente, hay huecos y deben ser utilizados. La vorágine de la vida urbana, los imperativos de esta época podrían paralizar, enajenar, pero no, por el contrario se aceptan las condiciones y con lo que hay se trabaja. Se piensa y se escribe en el apuro de un viaje en tren, en una sentada y se va directamente al punto. Toma de los minimalistas americanos ese despojo, tampoco hay tiempo en el páramo americano, de ellos aprendió – de Raymond Carver fundamentalmente - “que no hacen falta frases pomposas para contar lo que se viene a pique”. Esta escritura está hecha de los despojos de una vida que se pelea a diario, ya no se trata – al decir de Carver – de ceder o romperse, sino que puede ceder y romperse al mismo tiempo.

Estos ensayos están hilvanados por reproducciones de obras de artistas plásticos que, en la cosmovisión de Rodríguez, expresan claramente la sutileza con que se puede pensar y recrear lo crudo. Así toma una obra del brasilero Arnaldo Antunes artista del que rescata ese “...transitar libremente por las fronteras del arte. Sin prejuicios suma y transforma,” de Ivana Martínez Vollaró a la que le reconoce una capacidad indiscutible para encantar a partir de la simplicidad y la poesía de su obra, el arte incómodo y perturbador de Benjamín Atala y a Daniel Fitte, un artista plástico de Sierras Bayas, cuya obra se inscribe en el arte povera, que toma de su región los tonos de la cal, el color de las sierras y el despojo de un proyecto que no fue, sólo por citar algunos de los artistas incluidos.

Por último, desde esta perspectiva, lo crudo es una estética pero también una ética, en la medida que le permite conectar la escritura con la acción y la acción con el cambio, porque “...actuar es actuar para cambiar “ y esta es su apuesta política. Como dice Rodríguez

“...la crudeza es una manera de mirar el mundo, de palparlo y actuarlo como fenómeno estético y ético a la vez. Esta mirada, la mirada cruda, no se establece en términos de belleza, aunque puede serlo, sino por el deseo de intervenir cuando todas las condiciones están distribuidas para impedirlo.”

Lic. María Esther Isoardi
Profesora Titular de Medios de Comunicación y Opinión Pública
Universidad de Belgrano
Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales